

“*Veritas temporis filia*”: la aportación de Feijoo a la historia cultural

Inmaculada Urzainqui (Universidad de Oviedo)

Cuando tanto proliferan los estudios históricos referidos a las letras, las ciencias, las artes o, si se quiere, a la producción cultural en sentido amplio, resulta difícil imaginar que hubo un tiempo, no demasiado lejano, en que esas materias estuvieran, si no ausentes, muy limitadamente representadas en el conocimiento histórico. Pero así fue, como lamentaba el gran filósofo inglés Francis Bacon (1561-1626) justamente al proponer la necesidad de incorporar al saber historiográfico, para entender en su plenitud el proceso intelectual y avanzar en él con más eficacia, la “historia litteraria” o “historia litterarum et artium” en su *De dignitate et augmentis scientiarum* (1623)¹, esto es, la exposición rigurosa del curso evolutivo de los diversos conocimientos y artes. Una historia que en su formulación iba mucho más allá de las aportaciones parciales que hasta entonces se habían hecho, pues habría de contener los orígenes y desarrollo de las distintas doctrinas y artes que han florecido a lo largo de las edades del mundo, las “sectas” que se han formado y las controversias más célebres que han mantenido los doctos, las calumnias que han padecido o los honores que han recibido, los inventos y las obras más importantes en cada materia, las academias, colegios y sociedades científicas, la disposición de los diversos pueblos para el ejercicio de las ciencias, los factores que han contribuido a favorecer o entorpecer el desarrollo científico...; en fin, ese inmenso y dinámico caudal de sucesos relacionados con el saber a lo largo del tiempo sin el que la historia del mundo es, según su gráfica comparación, “como la estatua de Polifemo sin su ojo (‘eruto oculo’), sin aquello que mejor revela el espíritu y vida de la persona.

Y, en efecto, esa propuesta, como tantas otras de su renovador planteamiento del método científico, no se quedó en mera aspiración. Asumida por muchos de los más significativos historiadores de la Ilustración como parte indisoluble del conocimiento histórico, la *historia literaria*² —la “historia del espíritu humano” en ajustada expresión de Saint-Aubin, Fontenelle, Voltaire, D’Alembert, Luis José Velázquez, los hermanos Rodríguez Mohedano y muchos otros más— fue ampliamente cultivada en toda la Europa culta, como lo fueron también otras parcelas de la realidad humana desatendidas hasta entonces y que también pasaron a integrar el nuevo paradigma del sujeto histórico³. De muchas formas: como narración diacrónica, que sería su formato canónico, o mediante moldes subsidiarios como repertorios bio-bibliográficos, diccionarios, vidas, elogios, ediciones y comentarios de textos, etc.; desde una perspectiva general, o concretada en cualquiera de sus diversos ámbitos (matemáticas, física, poesía, derecho, música, etc.); atendiendo al legado del pasado, o fijando la

¹ Es la traducción latina, ampliada, de la primera versión en inglés, *Of the Proficiente and Avancement of Learning, Divine and Human*, publicada en 1605. Cito por Bacon (1664).

² Sobre la noción de *litteratura* e *historia literaria* en el siglo XVIII, véase Urzainqui (1987). La poderosa influencia de Bacon en la historiografía cultural europea la puso de manifiesto Georges Gusdorf en el cap. II (“Esquisse d’une histoire de l’histoire des sciences”) de su valioso libro de 1966. Para una panorámica general de los más importantes trabajos realizados en esta línea en España, véase Cebrián (1996, 1997) y Albiac (2011: 67-86).

³ Esta ampliación del espacio historiográfico en la nueva conciencia histórica de la España dieciochesca la subrayó José Antonio Maravall en su fundamental estudio (1972).

mirada en el presente —en cuanto estadio también en el devenir del conocimiento—, como será práctica habitual de innumerables periódicos de divulgación erudita como el *Journal des Savants*, las *Mémoires de Trévoux*, etc... En cualquier caso, tratando de dar cuenta del proceso de la cultura. Y no solo para fijar en términos más precisos la imagen del acontecer humano; la *historia literaria* se cultivará también en el siglo XVIII porque se la considera pórtico ineludible para avanzar en el conocimiento, por su virtualidad para favorecer el espíritu de renovación y mostrar el dinamismo e internacionalización de la ciencia, y porque en el clima de confrontación cultural entre las naciones que se vive por entonces resultaba el medio más a propósito para defender los valores patrios; algo particularmente acusado en España, como se hará patente en multitud de obras, algunas tan significativas como la *Historia literaria de España* (1766-1791) de los hermanos Rodríguez Mohedano, primer intento de abarcar íntegro el curso evolutivo de la cultura española, el *Saggio storico-apologetico della letteratura spagnuola* (1778-1781; trad. 1782-1786) de Lampillas o la *Oración apologética por la España y su mérito literario* (1786) de Forner, encaminadas a engrandecer la cultura nacional y a contradecir, cada una a su modo, a quienes desde el otro lado de los Pirineos acusaban a los españoles de perezosos e inhábiles para generar conocimientos importantes e, incluso, de influir negativamente —caso de la poesía— en otras naciones.

En España sin embargo, esa nueva visión se manifestó, como la propia Ilustración, con pasos bastante más perezosos que en otras partes. Lo evidenciaba en 1734 —cuando Feijoo ya llevaba un trecho en su carrera de escritor— la queja de Gregorio Mayans, uno de los intelectuales más lúcidos y atentos a la actividad bibliográfica del tiempo, en el ambicioso programa cultural que somete a la consideración del ministro José Patiño: “La causa porque en España se cuida tan poco de la perfección de la historia es por lo poco que se estudia la literaria”⁴. Y algo parecido vendrá a decir todavía diez años después el P. Sarmiento: “Si tomo un libro de historia en la mano, no tropiezo con otra cosa sino con un tejido continuado de guerras, con una fastidiosa repetición de oraciones que jamás han dicho los capitanes y, cuando más, con tal cual nacimiento, casamiento y muerte de príncipes, como si solo las acciones de éstos fuesen el único objeto de la historia. Ésta debe instruir a los hombres, presentándoles los sucesos más memorables, no solo belicosos, sino también físicos, cosmográficos, políticos, morales, teológicos y literarios” (Sarmiento, 1775: 7). Y no les faltaba razón, pues aunque en las décadas precedentes había habido ya alguna propuesta en esa línea —como la que en 1680 esboza Francisco Gutiérrez de los Ríos, tercer conde de Fernán Núñez (1644-1717), en su pre-ilustrado manual educativo *El hombre práctico* (Gutiérrez de los Ríos, 2000: 150)⁵—, el común de las historias seguían ignorando prácticamente la *historia literaria*.

Ello no significa, sin embargo, que hubiera estado ausente del conocimiento histórico pues, más allá del tradicional interés de los científicos por las informaciones procedentes de cualquier época anterior, había habido ya diversas contribuciones encaminadas de un modo u otro a reconstruir el pasado cultural. En el formato bio-bibliográfico, estaban las dos importantes *Bibliothecae* de Nicolás Antonio, la *Nova*,

⁴“Carta-Dedicatoria” de su *Colección de cartas civiles y literarias de varios autores españoles* (1734). Publicada ese mismo año en edición separada como *Pensamientos literarios* (Mayans y Siscar, 1983: 256).

⁵ Puede verse un matizado comentario de su propuesta en el prólogo de R. P. Sebold y J. Pérez Magallón a esta edición y en el libro de Pérez Magallón, 2002: 180-181.

editada en Roma en 1672, con un prefacio apologético sobre la cultura española, y la *Vetus*, publicada póstumamente en 1696, también en Roma, gracias a los buenos oficios del deán Martí y el mecenazgo del cardenal Sáenz de Aguirre; la mucho más limitada *Biblioteca Valentina* de José Rodríguez, terminada en 1703 aunque publicada en 1747, o la muy posterior *Bibliographia critica sacra et prophana* (1740-1742) de fray Miguel de San José. Estaban también los notables trabajos de Mayans (sus biografías de Cervantes, Antonio Agustín y otros españoles ilustres, la *Oración* en alabanza de Saavedra Fajardo, la *Noticia* del verdadero autor de *La pícaro Justina*, sus ediciones de la *República literaria*, de las *Cartas* de Nicolás Antonio, Manuel Martí, etc.); los humanísticos de su maestro, el deán Martí, la mayoría inéditos, o, en fin, los de historiografía jurídica española de Juan Lucas Cortés, que luego publicaría, apropiándose los, el diplomático danés G. E. Franckenau.

Por otra parte, los *novatores*, ese admirable grupo de científicos e historiadores que desde las décadas finales del XVII sientan las bases de la modernidad ilustrada, también habían mirado al pasado de las ciencias, bien para criticar la autoridad de los antiguos o los sistemas precedentes (López Piñero, 1979), para reivindicar los aspectos más innovadores de la cultura áurea⁶, o para mostrar los antecedentes de la materia abordada, como hacen Tomás Vicente Tosca en sus dos famosos *Compendium* —el *Mathemático* (1707-1715), donde trata brevemente del “origen, progreso y utilidad de las matemáticas”, y el *Philosophicum* (1721), introducido por una revisión de las diferentes escuelas o sectas filosóficas— y el conocido defensor de Feijoo, Martín Martínez, en el diálogo sobre historia de la medicina que encabeza su *Filosofía scéptica* (1730). Desgraciadamente, el gran proyecto iniciado en 1727 por el marqués de Santa Cruz de Marcenado, el asturiano Álvaro Navia Osorio, de formar un *Diccionario Universal* de carácter enciclopédico quedó frustrado⁷, y tampoco se llevó a efecto la aspiración programática de la Real Academia de la Historia de realizar historias particulares de ciencias y artes⁸.

De manera que, en esta fase temprana de la historiografía cultural en la que Feijoo inicia su trayectoria literaria, son todavía muy limitados los materiales disponibles para

⁶ Como sucede en *Hipócrates aclarado y sistema de Galeno impugnado* (1717) del médico Miguel Marcelino Boix y Moliner. Sobre este sesgo apologético de algunos novatores, véase el capítulo III (“Identidad nacional y autodefensa”) del citado libro de Pérez Magallón (2002). Tiene muy en cuenta las apreciaciones al respecto de Quiroz-Martínez (1949), López Piñero (1979) y Martínez Vidal, Pardo Tomás (1995).

⁷ Para suplir la ausencia de “diccionarios históricos bíblicos, geográficos, matemáticos, económicos, jurídicos, químicos, geométricos, de comercio, de marina, música, etc.” como tenían otras naciones. Lo expone en sus *Reflexiones militares* (Navia-Osorio (1984: 795). Para una explicación más pormenorizada del mismo, véase F. Lopez (1996) y Ruiz de la Peña (2012: 82-85).

⁸ Según se establecía en el punto I de sus Estatutos: “...será su primera empresa la formación de unos completos Anales, de cuyo ajustado y copioso índice se forme un diccionario histórico-crítico universal de España, y sucesivamente, *cuantas historias se crean útiles para el mayor adelantamiento, tanto de las ciencias como de artes y literatos, que, historiadas, se hacen sin duda más radicalmente comprensibles*” (Fastos], 1739: 52. Subrayado mío). Una aspiración que, por lo complejo de las tareas que habían de precederle, se quedó “al menos por muchos años en la esfera de los posibles”, como lamentarán años después los hermanos Mohedano (1766: X).

tener una idea cabal del curso de la cultura, y nadie, que yo sepa, se había ocupado específicamente de ello.

Por eso creo que merecía la pena revisar la obra del sabio Padre Maestro a la luz de esos nuevos planteamientos historiográficos y reconocer, que es lo que aquí pretendo, su importante contribución en esos dos sentidos: su noble esfuerzo por iluminar y divulgar aspectos significativos del pasado y presente de las letras desde una conciencia historicista, moderna, y su condición de pionero en tratar de esta novedosa rama de la historia en un texto monográfico.

La “historia literaria” en la obra de Feijoo

Aunque es cierto que la historia no figura entre los propósitos declarados que le animan a escribir, y que, como se ha repetido, no pueda ser considerado como un historiador en sentido estricto (Fernández Conde, 1976), creo que un recorrido atento por las páginas del *Teatro crítico* (1726-1739) y las *Cartas eruditas* (1742-1760) permite reconocer que Feijoo tiene una mente histórica, posee una impresionante erudición histórica —que en infinidad de ocasiones pone a disposición de sus argumentaciones—, y hace mucha historia, aun cuando por el carácter misceláneo y ensayístico de su escritura no sea de manera regular y sistemática ni abunde en concreciones cronológicas; historia política y social —historia de los hombres—, y, en mayor medida, “historia literaria”, intelectual, en la línea de la concepción historicista de su admiradísimo Bacon⁹ y de sus directrices para dibujar la cambiante imagen de las producciones del espíritu humano: historia de conocimientos, doctrinas, y sistemas filosóficos y científicos, memoria crítica de figuras relevantes de las letras, precisiones y desmentidos sobre obras y autores no bien valorados, referencias críticas de libros y periódicos, noticia de descubrimientos, controversias y sociedades científicas, examen de la disposición y capacidad de personas y naciones para el conocimiento... Todo un repertorio de materiales que, sin llegar a formar un relato organizado ni una cabal construcción histórica, cosa que evidentemente no pretendía, pusieron al alcance de sus lectores muchas informaciones de interés para calibrar y entender, desde una cosmovisión ilustrada, el proceso evolutivo de los saberes y las artes, especialmente las grandes innovaciones producidas en lo que luego se ha llamado la Revolución Científica. Algo tanto más valioso habida cuenta de la escasa instrucción de una gran parte de su público, de la predominante concepción inmovilista de la ciencia, y de la todavía exigua actividad traductora de obras de carácter científico.

Y que ello es así, que Feijoo hace mucha historia intelectual, lo comprobamos teniendo a la vista —por escueta e incompleta que sea— la definición que en la lección baconiana hace Mayans en su *Retórica* (1757): “La *historia literaria* refiere cuáles son los libros buenos i cuáles los malos, su método, estilo i uso; los genios i ingenios de sus autores; los medios de promover sus adelantamientos o de impedirlos; los principios i progressos de las sectas eruditas; las universidades literarias; las academias i sociedades de varias ciencias i el estado de la literatura en ellas; i el adelantamiento o descuido de las naciones en cada género de ciencia” (Mayans 1984: 623).

Pero a Feijoo, qué duda cabe, la historia cultural en si misma no le tienta como programa, porque si hubiera sido así habría hecho una cosa muy distinta. No. Lo suyo

⁹ La profunda influencia de Bacon en Feijoo queda ampliamente probada en el estudio de Ivy L. Mc Clelland (1975). No advierte, sin embargo, este aspecto que estamos considerando.

no es acumular erudición y forjar un relato unitario y sistemático al estilo del que hacen sus hermanos de Saint-Maur con su *Histoire littéraire de la France* (1733-1763) o lo que harán después los Rodríguez Mohedano con su inconclusa *Historia literaria de España*, por citar dos ambiciosos proyectos de horizonte nacional. Hace historia, sí, pero de manera más personal y selectiva, en tanto en cuanto conviene a su propio programa de impugnar ideas equivocadas fuertemente arraigadas y “proponer la verdad”; la verdad de lo que entiende importa saber y hacer inteligible a sus lectores, que en el terreno de la actividad intelectual supone, aunque no lo declare expresamente, privilegiar una serie de temas y aspectos que considera significativos para el conocimiento o “desengaño” de sus lectores avistándolos desde un enfoque temporal, a la luz del progreso del conocimiento, de la conquista del saber. Porque como buen empírico sabe muy bien que todo en las artes y en las ciencias, sus avances, altibajos y retrocesos, se ha producido en el devenir de la Humanidad —“la verdad es hija del tiempo, no de la autoridad” (*recte enim veritas temporis filia dicitur, non auctoritas*) había sentenciado rotundamente Bacon en su *Novum Organum*—, y que si quería familiarizar a los españoles con los mejores conocimientos modernos o, por el contrario, liberarlos de prejuicios e ideas equivocadas debía hacerlo desde la experiencia de lo conocido, de lo que se ha dicho, y cuándo y cómo se ha dicho.

Por eso decimos que hace historia, porque contempla y ordena las manifestaciones culturales desde ese prisma, pues aunque no se prodigue en referencias cronológicas precisas y sus indicaciones al respecto sean frecuentemente muy someras, la linealidad del tiempo y la gradación que otorga a las diversas épocas quedan patentes: “reprodujo esta opinión hará cosa de un siglo el célebre dominicano Fr. Tomás de Campanela”, “la admirable exposición que poco ha dio a luz el sapientísimo benedictino D. Agustín Calmet”, “Sirva de prueba el espejo ustorio, que no ha muchos años hizo el señor Villette, artífice excelente de León de Francia, cuya descripción se imprimió en Lieja el año de 1715, y se halla copiada en las *Memorias de Trevoux* del año de 1716”, “el primero de quien hay noticias que las observó fue el padre Christóforo Scheinero, de la Compañía de Jesús, y con tanta aplicación que desde el año de 1611 hasta el de 1627 hizo mil y cuatrocientas observaciones de estas manchas, de que da noticia en su *Rosa Ursina*. El célebre Galileo Galilei empezó a observarlas casi al mismo tiempo que Scheinero, y fueron después continuando en la misma aplicación los más laboriosos astrónomos del siglo pasado y de este”...

Pero como lo suyo no es hacer una historia sistemática, la presencia de esos materiales histórico-culturales es discontinua y, aparentemente al menos, bastante aleatoria, pues si unas veces los introduce directamente, haciendo de un asunto concreto el tema central de un discurso o de una Carta, otras lo hace al hilo de sus propuestas o de su combate contra prejuicios y creencias erróneas, como es el caso, por ejemplo, del ajustado resumen histórico de los sistemas médicos que ofrece en el discurso “Medicina” justificando su escepticismo médico (TC, I, 5), o de la relación de féminas insignes “en todo género de letras” con la que apoya su tesis en defensa de la igualdad de talento las mujeres (TC, 16)¹⁰. Pero, como digo, sin que se aprecie un orden preestablecido.

¹⁰ Cito las obras de Feijoo por la primera edición, imprenta de Francisco del Hierro, actualizando ortografía y puntuación. Abrevio los títulos con arreglo al siguiente criterio: *Teatro crítico universal* (TC), *Cartas eruditas y curiosas* (CE), tomo, nº de Discurso o Carta. Para la Carta 10 del tomo IV tengo en cuenta el texto, cuidadosamente anotado, de Francisco Uzcanga Meinecke (2009).

Lo que está claro en todo caso es que no habla de oídas sino que todo lo que dice sobre el devenir cultural descansa, más allá de su propio conocimiento de obras y autores, en un rico bagaje de lecturas de componente histórico-cultural. Españolas unas, como las *Bibliotecas* de Nicolás Antonio, que aprecia mucho¹¹ o la *Bibliographia critica sacra et prophana* de fray Miguel de San José, y, sobre todo, extranjeras (francesas principalmente), entre las que destacan el *Grand Dictionnaire historique* (1674) de Louis Moréri, el *Dictionnaire historique et critique* (1695-1697) de Pierre Bayle, la *Histoire de l'Académie Royale des Sciences*, órgano de ese relevante centro científico por el que sintió profunda devoción, iniciada en 1699, la *Histoire de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, órgano a su vez de dicha Academia que se empezó a publicar en 1717, la *Histoire ancienne* (1730-1738) de Rollin, la *Censura celebriorum authorum* (1690) de Thomas Pope Blount, las *Mémoires pour servir à l'histoire et au progrès de l'astronomie, de la géographie et de la physique* (1738) de Joseph Nicolas Delisle, la *Bibliothèque universelle et historique* (1686-1693) de Jean Le Clerc, las *Réflexions sur la philosophie ancienne et moderne* (1676) del P. Rapin, el *Traité de l'Opinion ou Mémoires pour servir à l'histoire de l'esprit humain* (1733), de Saint-Aubin, etc.

Lógicamente, estas consideraciones invitarían ahora a especificar con más detalle la aportación de Feijoo en este sentido. Pero como son tantos y tan variados los aspectos que trata, para dar una idea siquiera aproximada me limitaré a resumir brevemente sus principales núcleos.

Su afán por plasmar la trayectoria de conocimientos, doctrinas y sistemas científicos y filosóficos cristaliza en un buen puñado de discursos y de cartas. Ya en el tomo I del *Teatro crítico* aparece el citado resumen sobre la evolución de la “Medicina”, un discurso sobre los sistemas cartesiano y gassendista (“Consejario contra filósofos modernos”) y otro, “Música de los templos”, en el que al hilo de su denuncia de la profanación de la música sagrada introduce diversas referencias sobre las la música antigua y la moderna; en el tomo II, entrando de lleno en una de sus grandes preocupaciones histórico-filosóficas, ofrece una amplia panorámica del aristotelismo y de los filósofos y sistemas que lo han venido combatiendo, particularmente el cartesiano (“Guerras filosóficas”), y tres visiones monográficas sobre otras tantas cuestiones controvertidas sobre las que quiere pronunciarse (“Peso del aire”, “Esfera de fuego” y “Del antiperístasis”). En el III nos brinda una valiosa panorámica acerca del también debatido asunto de la “Racionalidad de los brutos” y otra sobre el “Escepticismo filosófico”. En el IV vuelve de nuevo sobre el “Mérito y fortuna de Aristóteles y de sus escritos” —que desarrolla, según él mismo constata, “siguiendo la serie de los tiempos”—, y en el discurso “De lo que sobra y falta en la Física”, a propósito de la importancia del método experimental, destaca los avances que se han hecho en España, mencionando como ejemplos al “ingenioso jesuita Rodrigo de Arriaga” y al también jesuita Luis de Losada. En el discurso “Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España” que figura en el tomo VII, además de hacer un amplio recorrido histórico de las artes mágicas, se detiene para combatir “la especie de que un tiempo hubo escuelas de las artes mágicas en varias partes de España”. Ya en las *Cartas eruditas*, la 21 del tomo

¹¹ “No sería razón pasar en silencio a Don Nicolás Antonio, autor de la Biblioteca Hispana, obra, según la opinión universal, superior a cuantas bibliotecas nacionales han parecido hasta ahora, y que no se pudo hacer ni sin un trabajo inmenso ni sin una extensión dilatadísima de crítica” (“Glorias de España”, TC, IV, 14, 56). Véase también TC, VI, 2, 100 y TC, VII, 7, 35, donde lo califica como “doctísimo y diligentísimo varón”.

I, dedicada a descalificar el presunto “arte de memoria”, incluye un amplio recuento de los autores que lo han venido sustentando prestando particular atención a Juan Velázquez de Azevedo y al “conde Nolegar Giatamor” [Girolamo Argenti]; la 23 del tomo II (“Sobre los sistemas filosóficos”) trata justamente de ellos, en particular de los sucesivos de Descartes, Gassendi y Newton, y la 24 (“Satisfacción a un reparo histórico-filosófico”) del pionero papel de Bacon en mostrar el descaminado rumbo de los sistemas filosóficos. En esa línea van también dos del tomo III (“Sobre el sistema copernicano” y “Del Sistema Magno”), otros dos del IV (“De los filósofos materialistas”, “Progresos del sistema filosófico de Newton, en que es incluido el astronómico de Copérnico”) y una del V (“Establécese la máxima filosófica...”), donde, volviendo sobre el asunto de la racionalidad de los brutos, trata ampliamente de las ideas de Gassendi y los filósofos materialistas, completándolo con dos apéndices, uno contra los gassendistas y otro “en que se coteja el sistema de los filósofos materialistas con el de los pitagóricos”. Como se puede advertir ya por los propios títulos, su interés prioritario en este grupo de escritos lo constituye la historia de la Filosofía en el amplio sentido que tiene por entonces.

Desde esa perspectiva histórica habla también de muchos descubrimientos, experiencias, inventos y avances científico-técnicos; de algunos con especial atención, como ocurre con los realizados modernamente en las matemáticas (TC, III, 7), el tiempo del descubrimiento de “las variaciones del imán” (CE, I, 5), el remedio de la transfusión de la sangre (CE, I, 16), la “medicina transplantatoria” (CE, I, 17), el “nuevo arte de beneficiar la plata” (CE, II, 19), el descubrimiento de la circulación de la sangre hecho por un albéitar español (CE, III, 28) o la invención del arte que enseña a hablar a los mudos (CE, IV, 7).

Las diferencias de opinión en materias científicas, artísticas y filosóficas, muy presentes también en su obra, merecen tratamiento específico en el ya citado “Guerras filosóficas” y en “El gran magisterio de la experiencia” (TC, V, 11), donde, a vueltas de su apasionada defensa del método experimental, ilustra las cautelas con que ha de practicarse con diversos ejemplos de discrepancias de criterio sobre ciertas cuestiones.

Convencido del decisivo papel de las academias modernamente fundadas para el progreso científico, habla con manifiesta admiración de algunas en diversos lugares de su obra, particularmente de las dos francesas que mejor conoce a través de sus órganos de expresión, la *Académie Royale des Sciences* y la de *Inscriptions et Belles Lettres*, y de las dos españolas consagradas a la Medicina, la Regia Sociedad de Sevilla, de la que se congratula haber sido nombrado miembro honorario, y la Academia Médica Matritense, de creación más reciente. (TC, VII, 14).

Como cabía esperar, la polémica entre antiguos y modernos que tanto venía agitando desde finales del siglo anterior los medios intelectuales europeos y que tan decisiva fue para la formulación de la idea de progreso de los conocimientos (Nisbet, 1980: 216-223; Albiac, 2011: 29-37) es el trasfondo de muchos de sus juicios y pronunciamientos. Pero pese a estar en general con los modernos y tener el convencimiento de que la antigüedad de una doctrina no es prueba de su solidez, muestra su independencia de criterio —frente a la idea de un progreso continuado de la cultura— defendiendo a los antiguos en varias ocasiones; particularmente, en el discurso “Resurrección de las artes y apología de los antiguos” (IV, 12), dirigido a mostrar que su ingenio “en nada fue inferior al de los modernos” y a probar que muchas doctrinas y descubrimientos en ciencias y artes que se juzgan modernos fueron muy anteriores, y en la Carta “Maravillas de la música y cotejo de la antigua con la moderna”

(I, 44), que es una confrontación entre los valores de una y otra para poner de manifiesto que los de aquella en nada desmerecen de la pretendida superioridad de esta.

Otra gran línea de fuerza que recorre prácticamente toda su obra es la valoración crítica de autores —filósofos, científicos, poetas, historiadores...—, desde la Antigüedad hasta el presente. Unas veces circunstancialmente, al hilo del tema que está tratando, y otras de manera más decidida, como sucede con Aristóteles, Lucano, Descartes, Gassendi, “el gran Newton”, Raimundo Lulio, los médicos sevillanos Juan Vázquez Cortés y Manuel Mastrucio, Enrique Flórez, el P. Codorniú, el P. Rodríguez o el médico español Francisco Solano de Luque.

Este empeño, aderezado de una voluntad apologética, toma cuerpo en “Apología de algunos personajes famosos en la historia” (TC, VI, 2), escrito para rebatir las acusaciones infamantes hechas a diversos personajes históricos, entre ellos figuras notables del pensamiento como Empédocles, Demócrito, Epicuro, Plinio el Mayor, Apuleyo y Enrique de Villena.

En esta línea reivindicativa se mueve también, con un sesgo marcadamente patriótico, la segunda parte de “Glorias de España” (TC, IV, 14), encaminada a defender los valores de la cultura patria (“la habilidad intelectual de los españoles con extensión a todo género de materias”), con un catálogo de los principales eruditos, poetas, historiadores y científicos españoles, particularmente de los dos últimos siglos, que han merecido honores y reconocimiento de autores extranjeros.

Por último, y en la estela de las propuestas baconianas para la historia cultural, hay también dos aspectos que reclaman su atención: la capacidad de raciocinio y disposición para el conocimiento de los pueblos, y los factores que han contribuido a que unas naciones, como Inglaterra o Francia, avancen más que otras o, caso de España, esté tan atrasada en materia científica. El primero, que nadie antes había examinado en España (Maravall, 1991 [1972]: 134), se plasma especialmente en dos discursos del *Teatro crítico*: “Mapa intelectual y cotejo de naciones” (II, 15), encaminado a poner de manifiesto que, en lo sustancial, no hay pueblos más dotados que otros para el raciocinio aunque sí en lo accidental de agilidad, sutileza, etc., en lo que otorga clara superioridad a los ingleses, y “Responde el autor a un tertulio que deseaba saber su dictamen en la cuestión de si en la prenda del ingenio exceden unas naciones a otras (IV, 13), donde amplía y matiza lo señalado en el anterior; y el segundo en “De lo que sobra y falta en la Física” (TC, VII, 13), “De lo que sobra y falta en la enseñanza de la Medicina” (TC, VII, 14), “Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales” (CE, II, 16) y “Sobre el adelantamiento de ciencias y artes en España, y apología de los escritos del autor” (III, 31). En esta línea se mueven también, aunque llevando la idea a otros ámbitos, sus dos importantes alegatos, uno en defensa de la igualdad de talento de las mujeres (TC, I, 16) y otro, “Españoles americanos” (TC, IV, 6), contra la extendida creencia de la anticipada decrepitud intelectual de los criollos poniendo a la vista una selecta nómina de personajes ilustres en letras.

La historia literaria como disciplina intelectual

Pero, como antes indicaba, la aportación de Feijoo a la *historia literaria* va más allá de dar a conocer aspectos significativos del proceso cultural y de perfilar su imagen en el tiempo. A él debemos también el que creo ser su primer tratamiento monográfico como empresa intelectual claramente definida. Me refiero a la carta “Respondiendo a una consulta sobre el proyecto de una historia general de ciencias y artes” (CE, IV, 10,

1753), con la que contesta, según apunta el título y especifica el propio Feijoo, a la petición de un innominado conde, gran admirador suyo, que proyecta construir esa ambiciosa historia cultural, y cuyo hilo conductor es, en efecto, proporcionar las pautas necesarias para ello:

Muy señor mío: Aún no del todo convalecido de una penosa fluxión que padecí estos días y me hizo retardar la respuesta a la carta de V. S., digo que recibí esta con singular estimación por lo mucho que V. S. me honra en ella, suponiendo mera liberalidad al mérito que no tengo; en cuya cuenta entra también el considerarme apto para satisfacer a V. S. sobre la consulta que me hace en orden al gran proyecto literario que ha concebido de *Historia General de Ciencias y Artes*, y en que cuanto yo puedo hacer es representar a V. S. la arduidad de la empresa.

La petición en sí misma no tiene nada de extraño en el diseño general de las *Cartas eruditas*, pues, salvo unas pocas, todas aparecen como escritas en respuesta a preguntas, propuestas o reparos de un corresponsal. Y tampoco sorprende que no diga el nombre de quien le escribe, porque es lo que acostumbra, ni que omita la fecha de la carta, pues lo hace solo en contadas ocasiones. Lo que está claro en todo caso es que la escribe antes 1753 (la dedicatoria a la reina del tomo IV, en el que aparece esta Carta, va fechada el 8 de enero de ese año), y que es por tanto anterior a las dos reflexiones más significativas que conozco sobre el tema en esos años, la mencionada definición de Mayans y el prólogo, mucho más ambicioso desde el punto de vista epistemológico, de los Mohedano a su *Historia literaria de España*.

Mayor problema es saber si tal petición se produjo realmente y el texto publicado reproduce la contestación que en su día dio Feijoo a su corresponsal, como se puede verificar en bastantes casos (Urzainqui, 2014), o si es una ficción para explayarse sobre el tema. Desde luego, si el proyecto —sin parangón en la Europa de entonces— se hubiera materializado de algún modo la respuesta sería bastante fácil. Pero no es así, o al menos yo no conozco ninguna iniciativa en tal sentido por esos años (la *Historia literaria* de los Rodríguez Mohedano responde a un plan que se aleja mucho de la historia universal de que aquí se trata, y el *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* de Juan Andrés, que sí podría encajar, es de fecha ya muy tardía, pues se publica entre 1782 y 1799). Y tampoco me ha sido posible identificar la personalidad de ese presunto corresponsal con los candidatos en los que verosíblemente cabría pensar (Luis José Velázquez, el conde de Peñaflores, Campomanes...¹²). Sea como fuere, y aunque la incógnita siga en pie, lo importante es que es un texto suyo y que lo publica porque considera que puede ser de interés y utilidad para sus lectores, igual que hace con diversas contestaciones que había escrito antes a destinatarios concretos. En este caso, parece claro, para que pudiera servir de guía bibliográfica a quienes querían avanzar en el conocimiento histórico de la cultura, que acaso no serían pocos dada la efervescencia historicista que se vive por entonces, a cuyo lado estaban también los planes gubernamentales de crear una Academia de Ciencias, Bellas Letras y Artes que, lamentablemente, no llegaron a materializarse (Álvarez de Miranda, 1993).

¹² Este punto lo desarrollo con más amplitud en “Feijoo en los inicios de la historiografía de la cultura”, que próximamente se publicará en el volumen en homenaje de la profesora M^a Dolores Albiac (Zaragoza, Institución Fernando el Católico).

Pero aunque hacia ese objetivo básico apunta lo sustancial de la Carta, como el motivo declarado es responder a la consulta sobre ese “gran proyecto literario” que ha concebido su corresponsal, el desarrollo discurre con arreglo a ese patrón, exponiendo en primer lugar las dificultades de realizar semejante proyecto y la necesidad de trabajar en equipo con personas cualificadas, y pormenorizando luego las fuentes bibliográficas más apropiadas para ello, que es la parte más extensa y, como digo, la de mayor interés para un público general. No entra a considerar, en cambio, otras cuestiones que habrían sido de gran interés historiográfico, como el valor o el modo de construir esa historia, aunque, por lo que dirá después, bien podrían entrar en esa otra carta, con mayores precisiones, que promete escribirle si finalmente el proyecto se pone en marcha.

Para Feijoo está claro que tal empresa “no es obra para un hombre solo ni para tres, cuatro o cinco, sino para muchos, y éstos muy versados en las facultades cuya historia se intenta, uno en cada una”, aun cuando pudiera haber alguno que abarcara cómodamente tres o cuatro. Si hubiera “historias particulares de todas esas facultades”, tal vez no sería menester tanto; pero siempre será mucho, pues aunque para resumir la historia de cualquier facultad no se precise un conocimiento profundo de ella, hace falta bastante más que un mero barniz superficial (“aquello que se llama meramente tintura”). Esa consideración le lleva a hacer una breve digresión sobre la diferencia que hay entre conocer bien, metódicamente, una disciplina y creer que se la conoce porque se ha leído algo sobre ella, como se ve en esos “aventureros de la República Literaria” que “sin vocación, sin ingenio, sin estudio” y con cuatro libros mal leídos se lanzan a publicar absurdos y monstruosidades. Por eso, lo primero que habría que hacer es buscar personas capaces de formar las distintas historias disciplinarias y lograr, lo que seguramente tampoco será fácil, que estén dispuestas a trabajar:

Pase esto por digresión; y volviendo al propósito, digo que creo que, aun fuera de lo mucho que V. S. podrá hacer por sí mismo, habrá en la Corte sujetos bastantes para extractar muy bien las historias que haya escritas de muchas ciencias y artes, ya que no de todas. ¿Pero querrán todos los que son hábiles para ello dedicarse a ese trabajo? Mucho lo dificulto. Unos estarán empleados en otras tareas que considerarán más útiles para sus personas. Otros se hallarán ligados de obligaciones, o políticas o morales, que les impedirán trabajar para la imprenta. Otros tendrían otros obstáculos.

Supuesto que ese equipo de especialistas se logre, pasa ya a proponer “los libros necesarios para esa gran colección”, no sin advertir, para que no se llamen a engaño, que “son pocos los que hay de historias particulares de ciencias y artes”, al menos los que han llegado a su noticia.

Procediendo con su habitual buen sentido, distingue, por un lado, cuatro materias específicas —filosofía, medicina, ciencias matemáticas, y pintura y arquitectura— y, por otro, repertorios de carácter más general que puedan suministrar información sobre todas las demás. El hecho de que ninguno sea español indica a las claras que nada de lo que había aquí satisfacía sus expectativas.

Comenzando por la historia de la filosofía, remite, para la antigua, a “los dos tomos que escribió el inglés Thomas Stanley”, en los que se podrá encontrar “cuanto se puede desear” sobre la materia. Y para los tiempos posteriores, además de varios discursos suyos, el *Origine ancienne de la physique nouvelle* (1734) del jesuita francés Noël Regnault (1683-1762):

Para continuar desde allí la historia hasta nuestros tiempos hallará V. S. muchos materiales en varios discursos del *Teatro crítico*, v. gr. “Guerras

filosóficas”, “El gran magisterio de la experiencia”, “Mérito y fortuna de Aristóteles”, etc. Pueden conducir al mismo asunto los tres libritos del padre Regnault cuyo título es *Origen antiguo de la física moderna*”.

La obra de Stanley, primera de las rotuladas como “historia de la filosofía”, es la celebrada *The History of Philosophy: containing the Lives, Opinions, Actions and Discourses of the Philosophers* (Londres, 1656-1660), escrita bajo la inspiración enciclopédica de Bacon (Giolito, 2008: chap. 2) para dar a conocer cronológicamente la vida y opiniones de los filósofos “de todas las sectas”. Muy difundida en Inglaterra, fue también ampliamente conocida en Europa mediante su traducción latina (Leipzig, 1711, 2 vols.) que es la que conoce y cita Feijoo en varias ocasiones. La segunda, como anuncia el título, ofrece una comparación entre la nueva física y la antigua, reivindicando para esta un gran número de inventos e ideas nuevas. Tanto esta obra, como los *Entretiens physiques d’Ariste et d’Eudoxe ou Physique nouvelle en dialogues* (1729), a la que Feijoo recurre en numerosas ocasiones, obraban en su biblioteca (Hevia Ballina, 1976: 165). En cuanto a sus propios discursos, su sola referencia prueba claramente que los escribió desde un enfoque netamente historicista.

Pasando a la medicina, recomienda un texto fundamental del saber histórico-médico (López Piñero, 1992: 30), la difundida *Histoire de la Médecine*, “ou l’on voit l’origine, et les progrès de cet art de siècle en siècle depuis le commencement du monde” (Ginebra, 1696), de Daniel Le Clerc, amén de su propio discurso “Medicina”: “La historia de la medicina escribió Daniel Le-Clerc docto médico de Ginebra. Es verdad que no se extiende más que hasta Galeno; pero hizo después un plan de continuación hasta nuestros tiempos que puede servir mucho. Y algo hay conducente en mi discurso sobre la Medicina”.

También fundamental es el que recomienda para las matemáticas: la exposición histórica que precede al completo *Cursus seu mundus mathematicus...* (Lyon, 1674) de Claude-François Milliet Dechales, autor muy admirado y repetidamente citado por él (lo tenía también en su biblioteca), en el que efectivamente aparecen consignados los más importantes “progresos” que se han ido haciendo desde la Antigüedad hasta el presente en los distintos campos físico-matemáticos contemplados en la obra.

Sobre la historia de la música, en cambio, no cita autor determinado, sino que remite a los trabajos sobre el tema contenidos en la prestigiosa *Histoire de l’Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, que también conoce muy bien —estaba suscrito a ella (Hevia Ballina, 1982: 140)— y utiliza con frecuencia, sobre todo en las *Cartas eruditas*: “De la música se puede formar historia casi completa de los muchos materiales que hay para ella en la *Historia y Memorias de la Academia Real de las Inscripciones y bellas letras*. En el tomo undécimo, que es índice de los diez precedentes, V. *Musique*, verá V. S. notados todos los lugares donde hay dichos materiales”.

Para la pintura y arquitectura propone, respectivamente, los *Entretiens sur les vies et sur les ouvrages des plus excellents peintres anciens et modernes* (1666-1668) de André Félibien, historiador oficial de la corte de Luis XIV y miembro de las Academias de Arquitectura e Inscripciones, y el *Recueil historique de la vie et des ouvrages des plus célèbres architectes* (1687) de su hijo Jean-François, también arquitecto y miembro de ambas corporaciones. Aunque es posible que las utilizara para algunas referencias artísticas, solo las menciona en esta ocasión.

Por último, a falta de de historias formadas, indica “tres fuentes copiosas de noticias para la historia de ciencias y artes, que son el *Theatrum Vitae Humanae* de Lorenzo Beyerlink, las *Memorias de Trévoux*, y los tres tomos últimos de la *Historia*

Antigua de Monsieur Rollin". La primera es el *Magnum Theatrum Vitae Humanae*, "ad normam polyanteae dispositum" (Colonia, 1631), del jesuita flamenco Lawrence Beyerlinck, una voluminosa enciclopedia de materias diversas que Feijoo maneja y cita en varias ocasiones aunque, según su propio comentario, no sea del todo fiable: "...no hay sino buscar por el orden alfabético el nombre de la facultad de quien se desean las noticias y debajo de él se hallarán. V. gr., quiere V. S. noticias conducentes para la historia de la jurisprudencia, en el cuarto tomo, pág. 748, verá el título *Ius. Jurisprudencia*, y, consiguientes a él, trece hojas llenas de especies pertenecientes a esta ciencia. Es verdad que el autor de esta dilatada obra suele ser poco exacto: defecto común a los que toman por su cuenta muy abultadas colecciones".

La segunda, que con razón considera de mucha más utilidad para sus fines, es la importante revista cultural *Mémoires pour servir à l'Histoire des Sciences et des Arts* (1701-1767), más conocida como *Mémoires* o *Journal de Trévoux* por estar publicada por un equipo de jesuitas en Trévoux, una de las más difundidas entre los intelectuales europeos y españoles, y la más admirada y frecuentada por Feijoo:¹³ "Las *Memorias de Trevoux* contribuirán con grandes y más seguros socorros para el asunto; grandes, porque ésta dilatada obra fue y está dedicada a ese fin; y así le pusieron y ponen sus autores el título de *Memorias para la Historia de las Ciencias y Bellas Artes*, más seguros, por la mejor crítica y más ciencias de los autores, porque, como son muchos los que trabajan asociados en esta obra dividiendo entre sí los asuntos, abarca cada uno solo aquello que es proporcionado a su estudio, inteligencia y comprensión". Efectivamente, concebida como un registro de la actualidad cultural europea —"historia literaria" del día (Urzainqui, 1987: 584-587)—, sus páginas, nutridas de reseñas críticas de las novedades bibliográficas, noticias de descubrimientos, actividades de Academias, Universidades, etc., fueron un espléndido ventanal para asomarse a los últimos compases del conocimiento y de las artes. Y, como quien lo tiene bien experimentado, explica cómo han de manejarse para encontrar fácilmente las informaciones:

El modo de usar de dichas *Memorias* es recurrir a la tabla que hay al fin de cada año, donde en distintas divisiones se coloca el índice de todos los escritos de que se dio noticia en los cuatro tomos pertenecientes a aquel año, poniendo las distintas materias debajo de los títulos correspondientes, v. gr. debajo del título *Medicina* se citan en sus respectivos lugares los libros pertenecientes a esta facultad de que se hizo crisis o extracto en aquellos cuatro tomos; lo mismo debajo de los títulos: *Poesía, Música*, etc.

Y la tercera es la difundida *Histoire ancienne* de Charles Rollin (1730-1738) y también citada por él en varias ocasiones, en cuyos tres últimos tomos, dice, "tendrá V.S. un servicio muy pronto, porque en ellos trata el autor de varias ciencias y artes apuntando el progreso que han tenido desde la antigüedad hasta nuestros tiempos. Es autor muy exacto, claro y de bello juicio, aunque en esta materia no da muchos materiales porque procede muy compendiariamente".

Hechas estas recomendaciones sobre las ciencias profanas, añada una última sobre la historia de la Teología que le da pie a hacer una interesantísima confesión autobiográfica: para evitar "el peligro de caer en innumerables y crasísimos errores", cree que sería mejor excluirla del proyecto a no ser que se encargue de ella un teólogo

¹³ En el inventario de su biblioteca, Hevia Ballina consigna 245 volúmenes de la revista. Sobre su importancia en la obra de Feijoo, véase Ceñal (1966), Sáenz de Santamaría (1983) y Urzainqui (2004).

muy docto y capacitado. Él también tuvo la intención de formarla, pero finalmente desistió por consejo de personas de confianza que le hicieron ver la superior necesidad de la “literatura mixta cuyo rumbo había tomado”, y por su propia convicción de que tal como se la había planteado habría resultado inabarcable.

Al final, y como despedida, expresa la confianza de que su corresponsal le avise si empieza a ejecutar el proyecto, y su promesa de suministrarle, si así fuera, “algunas noticias o reflexiones conducentes a su prosecución”; una promesa que es tácito reconocimiento de que habría bastante más que decir y, también, más obras que mencionar. Porque, efectivamente, aunque las que recomienda sean realmente valiosas, podría haber incluido otras más que conoce y maneja habitualmente, como los diccionarios de Bayle y Moréri, o la *Histoire de la Académie Royale des Sciences*, por no hablar de otra particularmente significativa por ser la primera muestra de historia enciclopédica, la *Histoire littéraire de la France* publicada por sus “sabios” hermanos de hábito de Saint-Maur, que, sorprendentemente, no parece conocer. Sea como fuere, bastaba lo dicho para que cualquier lector interesado pudiera saber dónde acudir para tener cabal información del proceso evolutivo de las artes y las ciencias.

Pero aunque con ello podría dar la Carta por concluida, a modo de corolario añade después una “Noticia curiosa relativa a un punto de la Carta antecedente”, en la que da cuenta —a partir del extracto de una carta comunicada a uno de los redactores de las *Mémoires de Trévoux* por “un miembro de la Sociedad Regia de Londres” [Andrew Michael Ramsay] y publicada en 1732¹⁴— del prodigioso caso de “Mons. Stone”, el brillante matemático y músico Edmund Stone, que, siendo hijo de un jardinero del duque de Argyle [Argyll] y analfabeto hasta los 18 años, logró adquirir vastos conocimientos científicos gracias a su gran talento y extraordinario interés: prueba de que “un gran genio supera todas las incomodidades de la fortuna, del nacimiento, de la educación” y de que, aun sin voz viva de maestro y con solo el auxilio de los libros, se puede “llegar a poseer ventajosamente esta o aquella facultad”.

Ese “punto antecedente” era sin duda lo que había dicho en su digresión sobre la exigencia de proceder con método y seriedad en el estudio para llegar a alcanzar el verdadero conocimiento de cualquier materia. Aunque, efectivamente, la noticia no tenía demasiado que ver con el preciso objeto de la Carta —como sucede con tantas otras digresiones que le gusta hacer cuando algo de interés le viene a la mente—, era una magnífica lección para estimular una vez más el afán de aprender —de aprender bien— de sus lectores. Porque eso era en esencia lo que venía pretendiendo desde el comienzo de su carrera literaria. Creo que esta Carta, y esa perspectiva histórica en la percepción del saber que he querido mostrar aquí son prueba elocuente de ello.

Bibliografía citada

Albiac Blanco, María-Dolores (2011), *Historia de la literatura española. 4. Razón y sentimiento. El siglo de las Luces*, Barcelona, Crítica.

¹⁴ “Lettre de M. le C. D. R au P. C. J”, janvier, 1732, 109-113. La autoría del escocés A. M. Ramsay (1681-1743) la identifica Uzcanga (2009: 232).

- Álvarez de Miranda, Pedro (1993), “Las Academias de los novatores”, *De las Academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*, ed. Evangelina Rodríguez Cuadros, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 265-300.
- [Bacon, Francis] (1664), Francisci Baconi de Verulamio, *Opera omnia*, Frankfort, Impensis Joh. Baptistae Schönwetteri, Typis Matthaei Kefferi.
- Cebrián, José (1996), “La historia literaria”, *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, ed. Francisco Aguilar Piñal Madrid, Trotta-C.S.I.C, 513-592.
- Cebrián, José (1997), *Nicolás Antonio y la Ilustración española*, Kassel, Reichenberger.
- Ceñal, Ramón (1966), “Fuentes jesuíticas francesas de la erudición filosófica de Feijoo”, en VVAA, *El P. Feijoo y su siglo*, Oviedo, Cátedra Feijoo, II, 285-314.
- Fastos de la Real Academia Española de la Historia* (1739), Madrid, Antonio Sanz.
- Fernández Conde, Javier (1976), “Feijoo y la ciencia histórica”, en *Fray Benito Jerónimo Feijoo, fe cristiana e Ilustración*, Oviedo, Seminario Metropolitano, 75-113.
- Giolito, Christophe (2008), *Comprendre l’histoire de la philosophie*, Paris, Armand Colin.
- Gutiérrez de los Ríos, Francisco (2000), *El hombre práctico, o discursos varios sobre su conocimiento y enseñanzas. Por Don —, conde de Fernán Núñez*, introducción, ed. y notas de Jesús Pérez Magallón y Russell P. Sebold, Córdoba, Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur.
- Gusdorf, Georges, *Les sciences humaines et la pensée occidentale. T. I. De l’histoire des sciences à l’histoire de la pensée*, Paris, Les Éditions Payot, 1977 (1ª ed., 1966).
- Hevia Ballina, Agustín (1976), “Hacia una reconstrucción de la librería particular del P. Feijoo”, *Fray Benito Jerónimo Feijoo, fe cristiana e Ilustración*, Oviedo, Seminario Metropolitano, 139-186.
- Hevia Ballina, Agustín (1982), “El P. Feijoo desde su biblioteca: sus aficiones histórico-geográficas”, *Yermo* (Santa María del Paular), 20: 1-2, 111-148.
- López Piñero, José María (1979), *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor Universitaria.
- Lopez, François (1996), “Los novatores en la Europa de los sabios”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 14, 95-111.
- Maravall, José Antonio (1972), “Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII”, *Revista de Occidente*, nº 107, febrero, 250-286. Reed. en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, introd. y compilación de Mª Carmen Iglesias, Madrid, Mondadori, 1991.
- Martínez Vidal, Alvar y Pardo Tomás, José (1995), “*In tenebris adhuc versantes*. La respuesta de los novatores españoles a la invectiva de Pierre Régis”, *Dynamis*, 15, 301-314.
- Mayans y Siscar, Gregorio (1983), *Obras completas. I. Historia*, ed. Antonio Mestre Sanchís, Valencia, Ayuntamiento de Oliva-Diputación de Valencia.
- Mayans y Siscar, Gregorio (1984), *Obras completas, III, Retórica*, ed. Antonio Mestre, Valencia, Ayuntamiento de Oliva-Diputación de Valencia.
- Mc Clelland, Ivy L. (1976), “The signifiacnce of Feijoo’s regard Bacon”, en *Fray Benito Jerónimo Feijoo, fe cristiana e Ilustración*, Oviedo, Seminario Metropolitano, 249-274.

- [Navia Osorio, Álvaro] Marqués de Santa Cruz de Marcenado (1984), *Reflexiones militares por el —*, prólogo de Jesús Evaristo Casariego, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- Nisbet, Robert (1980), *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa.
- Pérez Magallón, Jesús (2002), *Construyendo la modernidad: la cultura española en el 'tiempo de los novatores' (1675-1725)*, Madrid, C.S.I.C., Instituto de la Lengua Española.
- Quiroz-Martínez, Olga (1949), *La introducción de la filosofía moderna en España: el eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México, El Colegio de México.
- Rodríguez Mohedano, Pedro y Rafael (1766), *Historia literaria de España, desde su primera población hasta nuestros días... Por los PP.* —, Madrid, Antonio Pérez de Soto, t. I.
- Ruiz de la Peña Solar, Álvaro (2012), *La hora de Asturias en el siglo XVIII*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos-Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII.
- Sáenz de Santa María, Carmelo (1983), “Feijoo y las *Memorias de Trévoux*”, en *VVAA, II Simposio sobre el padre Feijoo y su siglo (II)*, Oviedo, Cátedra Feijoo, 53-60.
- Sarmiento, Martín (1775), *Obras póstumas del Rmo. P. M. Fr. Martín Sarmiento, benedictino. Tomo Primero. Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, Madrid, Joaquín Ibarra [terminadas en 1745].
- Urzainqui, Inmaculada (1987), “El concepto de *historia literaria* en el siglo XVIII”, *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Madrid, Universidad de Oviedo-Editorial Gredos, 565-589.
- Urzainqui, Inmaculada (2004), “El discurso de Feijoo sobre la prensa”, *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso, Newark, DE, Juan de la Cuesta Press, III, 611-622.
- Urzainqui, Inmaculada (2014), “Estudio introductorio”, a Benito Jerónimo Feijoo, *Obras completas. Tomo II, Cartas eruditas y curiosas I*, ed. Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII-Ayuntamiento de Oviedo-KRK.
- Uzcanga Meinecke, Francisco (2009) (ed.), Benito Jerónimo Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas* [antología], Barcelona, Crítica.